

S. BERNARDO ABAD TRATADO SOBRE LAS COSTUMBRES Y EL OFICIO DE LOS OBISPOS O CARTA XLII A ENRIQUE ARZOBISPO DE SENS.

459-460 ADVERTENCIA A LA SIGUIENTE CARTA O OPÚSCULO II.

1. Los libros de Consideración, dirigidos al sumo Pontífice, son seguidos oportunamente por el tratado Sobre la corrección de las Costumbres de los Obispos, que es la primera de las cinco cartas de Bernardo a Enrique, arzobispo de Sens, siendo la cuadragésima segunda en orden. Este, apodado Aper, según el cronógrafo Hugo de Auxerre, y otros (si los índices publicados no engañan) llamado Gilberto, fue elegido obispo de Sens después de Daimberto en el año 1122. En esta dignidad, al actuar con cierta laxitud, fue animado a una mayor diligencia en el cuidado de su oficio, principalmente por la acción de Godofredo, obispo de Chartres, junto con Burchardo de Meaux, siendo confirmado principalmente por San Bernardo: quien también fue su protector contra las agresiones de Luis VII, como lo atestigua la carta cuadragésima novena, dirigida al papa Honorio.

2. Estas tormentas fueron provocadas tanto a Enrique como a Esteban, obispo de París, por su retiro de la corte y la adopción de una vida mejor. Tanto es así que quienes "antes," como se lee en la carta mencionada, "en hábito y acto secular habían sido honrados, elevados, juzgados fieles, considerados familiares;" después "se convirtieron en enemigos dignos de su sacerdocio, y en todo honrando su ministerio. De aquí que el señor de Sens intentara debilitar la constancia" del rey Luis: lo cual se ilustra más en las Notas a las cartas vigésima segunda y cuadragésima quinta.

3. Sin embargo, Enrique no compuso sus costumbres de tal manera que no incurriera en censura eclesiástica por la injusta vejación de un archidiácono de su Iglesia, a quien "no solo no había sido condenado en juicio, sino que ni siquiera había sido convocado verbalmente" y fue privado de su dignidad, según Bernardo en la carta ciento ochenta y dos, dirigida al mismo Enrique. Hugo, el cronógrafo de Auxerre, relata que fue suspendido en el año 1136: y esto lo atestiguan los Actos de los Obispos de Auxerre en el capítulo cincuenta y cinco, donde se menciona a Hugo, obispo, "quien, al no tener lugar de consagración en la iglesia de Sens, debido a la suspensión del señor Enrique metropolitano, fue consagrado en Ferrières por el señor Godofredo, obispo de Chartres, alrededor de la fiesta de San Vicente." Esta suspensión le ocurrió a Enrique debido a la injusta deposición de su archidiácono, lo cual es muy probable. Pero finalmente, liberado de esta censura, el obispo celebró un sínodo en Sens en el año 1140, en el cual fueron condenados los errores de Pedro Abelardo. Existen sobre este asunto cartas sinodales comunes de los Padres al papa Inocencio, entre las cartas de Bernardo la número ciento noventa y uno; en las cuales indican que han expuesto todo el asunto brevemente, "principalmente porque lo mismo se contenía de manera más extensa y completa en las cartas del señor de Sens:" las cuales no parecen ser otras que la carta ciento noventa de Bernardo, dirigida a Inocencio, que se encuentra entre estos tratados. Además, Enrique dejó de vivir en el año 1144, el cuarto día antes de los Idus de junio: a quien sucedió Hugo, precentor.

4. Sin embargo, esta carta fue escrita inmediatamente después de la conversión de Enrique, como lo prueban principalmente estas palabras suyas n. 2: "Recientemente, de vuestras partes comenzó a soplar un viento más favorable para nosotros. De hecho, rumores más recientes anunciaron de vosotros cosas más alegres de lo habitual, y no de una fama incierta, sino de la boca veraz del venerable obispo de Meaux:" que Enrique había mejorado su vida con los consejos de Godofredo, obispo de Chartres, como pronto declara Bernardo. Y esta transformación de Enrique ocurrió durante el pontificado de Honorio II, y por lo tanto antes

del año 1130, como se constata tanto por la carta cuadragésima novena de Bernardo, dirigida al mismo Honorio, en la cual recomienda a Enrique; como por la misma causa de las agresiones, que no fue otra que la salida de Enrique de la corte y el estilo de vida cortesano, y por lo tanto la adopción de una vida más recta, como se evidencia en lo anterior.

5. Por lo tanto, esta carta fue escrita alrededor del año 1126: tiempo en el cual Burchardo presidía la Iglesia de Meaux, de cuyo relato Bernardo dice haber recibido "noticias más alegres de lo habitual" sobre la conversión de Enrique. En efecto, Burchardo presidía entonces la Iglesia de Meaux, no, como hasta ahora se había creído comúnmente, Manasés II, quien no sucedió a Burchardo antes del año 1133, como lo prueban sus cartas auténticas sobre Choisy para el monasterio de San Martín de los Campos, donde se encuentra esta cláusula: "Estos actos se realizaron en el año de la encarnación del Señor 1135, indic. XIII, en el sexto año de la ordenación del señor papa Inocencio II, en el segundo de nuestra ordenación," y otra carta suya sobre Mauregard, dada "en el año de la encarnación del Señor 1140, en el séptimo año de nuestra ordenación." Este cálculo es favorecido por Orderico en el libro sexto, pág. 627, donde se menciona que "Esteban, obispo de París, y Burchardo, obispo de Meaux" advirtieron a los monjes de Rebais sobre conceder las reliquias de San Ebrulfo a los de Ouche, sobre lo cual Bernardo escribió una carta a los de Rebais. Orderico refiere que esto ocurrió en el año 1130, por lo que en ese año Burchardo administraba la Iglesia de Meaux, no Manasés. De aquí que deban corregirse los números en Chesne en las notas a Abelardo, donde se dice que Manasés comenzó a gobernar la Iglesia de Meaux en el año 1125: lo cual se prueba que sus cartas sobre Choisy fueron dadas una década más tarde, y de hecho en el segundo año del episcopado de Manasés, como hemos observado anteriormente. La gran gravedad de costumbres y consejos con la que estaba dotado Burchardo es evidente por el hecho de que Bernardo felicita a Enrique en esta carta por tenerlo a él y a Godofredo como consejeros, la cual en el código Vaticano numerado 663 se divide en siete capítulos. Sin embargo, se ha considerado más adecuado retener las secciones de Horst ya aceptadas.

461 PRÓLOGO.

Al venerable señor ENRIQUE, arzobispo de los Senones, el hermano BERNARDO, si algo puede la oración de un pecador.

Ha complacido a vuestra Excelencia solicitar de nosotros algo nuevo dictado. Nos pesa el peso de la dignidad, pero nos congratulamos por el don de la dignación. Y el favor del solicitante halaga, y la exigencia de la petición aterra. Pues, ¿quiénes somos nosotros para escribir a los obispos? Pero, de nuevo, ¿quiénes somos para no obedecer a los obispos? De donde me veo obligado tanto a dar como a negar lo que se me pide. Escribir a tan alta dignidad está por encima de mí: y no obedecerle, va en contra de mí. En ambos casos hay peligro; pero parece que el mayor peligro se cierne si no obedezco. Por lo tanto, eligiendo el camino que menos parece, hago lo que ordenáis. Pues la familiaridad dignamente concedida por la misma dignidad da audacia, y la autoridad del que manda excusa la presunción.

CAPÍTULO PRIMERO. Es arduo y peligroso el oficio de obispo; por lo tanto, necesita de buenos consejeros.

1. Así pues, desde que recibisteis las llaves del reino de los cielos por mandato de Dios, y según el rito de aquella mujer fuerte, comenzasteis a extender la mano a lo fuerte (Prov. XXXI, 19), si hemos oído que habéis hecho algo que no debíais, o sufrido algo que no queríais, nos dolimos por lo primero y compadecemos lo segundo. Entre tanto, yo recordaba aquellos versículos: Los que descienden al mar en naves, haciendo obra en muchas aguas,

suben hasta los cielos, y descienden hasta los abismos. Su alma se consumía en males; se turbaron; y se movieron como ebrios, y toda su sabiduría fue devorada (Sal. CVI, 23, 26, 27). Y por eso no juzgaba, como suele hacerse; más bien, tal pensamiento me provocaba a la compasión: Si, digo, la vida de cualquier hombre sobre la tierra es una tentación (Job VII, 1), ¿cuántos peligros creéis que enfrenta la vida de un pontífice, que debe soportar las tentaciones de todos? Si, pues, oculto en una caverna, y como bajo un celemin, no brillando, sino humeando, no puedo declinar los ímpetus de los vientos, sino que, fatigado por continuos y variados impulsos de tentaciones, soy llevado de aquí para allá como una caña agitada por el viento: ¿qué será de quien está puesto sobre un monte, puesto sobre un candelero? Solo debo guardarme a mí mismo, pero yo mismo soy para mí un escándalo, un tedio, una carga y un peligro, de modo que frecuentemente debo enojarme con mi propia gula y vientre, y con el ojo que escandaliza. ¿Con qué molestias, pues, se angustia, con qué injurias se ve acosado, aquel a quien, aunque cesen las propias, nunca le faltan las luchas externas, los temores internos?

2. Recientemente, de vuestras partes comenzó a soplar un viento más favorable para nosotros. De hecho, rumores más recientes anunciaron de vosotros cosas más alegres de lo habitual, y no de una fama incierta, sino de la boca veraz del venerable obispo de Meaux. Pues, interrogado sobre vuestro estado, con rostro alegre, y como confiando bien en lo que se le preguntaba: Creo, dijo, que el hombre ya se someterá a los consejos del obispo de Chartres. Recibí esta respuesta de él tan alegre como seguro estaba de que los consejos del hombre serían fidelísimos. En nada mejor podía recomendarnos el propósito de vuestro corazón, en nada darnos una esperanza más segura de vuestro progreso en el Señor. Con seguridad, si no me equivoco, confiaréis tanto vosotros como vuestros asuntos a estos dos hombres mencionados. Usando tales consejeros, os guardaréis una buena fama y conciencia. Así conviene al sacerdote de Dios, así al obispo de tan gran ciudad, no ser guiado por consejos pueriles o seculares. Todos, según el precepto del Señor, incluso los enemigos, deben ser amados (Luc. VI, 27); pero para el consejo deben elegirse solo aquellos que parezcan prudentes y benevolentes. Por eso el Señor rechazaba el consejo imprudente de los discípulos y el infiel de los hermanos, respondiendo al imprudente, No entiendes lo que es de Dios (Marc. VIII, 33); y a los malintencionados, Subid vosotros a esta fiesta, yo no subo (Juan VII, 8). No creyó que debía confiarse ni a la malicia de estos ni a la imprudencia de aquel. Buscando, finalmente, a quién debía confiarse, a quién debía encomendar con seguridad sus misterios para ser dispensados, y como encontrándolo difícil, bajo admiración pregunta: ¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia? (Mat. XXIV, 45). Por lo cual, al confiar a Pedro el cuidado de las ovejas, primero se esforzó en probar su benevolencia, preguntándole tres veces si lo amaba (Juan XXI. 15-17). Probó también su prudencia, cuando, al errar los hombres y pensar que él era alguno de los Profetas, él, prudentemente advirtiendo la verdad, confesó más bien al Dios de los Profetas: Tú eres, dijo, el Cristo, el Hijo de Dios (Mat. XVI, 16). ¡Ay de nuestro género por su imperfección! Apenas en la multitud de hombres encuentras uno consumado en ambas gracias. Pues apenas descubres que a un prudente le falta benevolencia, o a un fiel le falta sabiduría. Sin número, sin embargo, son aquellos que se ha comprobado que carecen de ambos dones.

3. Prudente, pues, habéis pensado que la carga sacerdotal, la obra episcopal, y el cuidado pastoral no pueden administrarse dignamente sin consejo. De aquí que la misma madre de los consejos castos, la Sabiduría, hablando de sí misma, dice: Yo, la Sabiduría, habito en el consejo. Pero, ¿en qué consejo? ¿Acaso en cualquiera? Y estoy entre las cogitaciones de los eruditos (Prov. VIII, 12). Pero también que los consejos infieles deben ser evitados, lo advierte por boca de Salomón de esta manera: Trata tu causa con tu amigo, y no reveles el

secreto al extraño (Prov. XXV, 9). También bellamente, por otro Sabio, cuando aconseja que nada debe hacerse sin consejo, pero mirando la escasez de hombres de consejo, dice: Que sean muchos tus amigos, pero uno solo sea tu consejero de entre mil (Ecli. VI, 6). Uno, dice, de entre mil. No dudaría, pues, de que la divinidad os ha sido benigna, al concederos de tan gran rareza entre los mortales, no uno, sino dos, y suficientemente idóneos, previsores, benevolentes; y, para que estén fácilmente presentes, comprovinciales; para que gratuitamente, deudores por derecho de sujeción. Al aquiescer a sus consejos, no seréis precipitados en la sentencia, ni vehementes en la venganza; no remisos en corregir, ni severos en perdonar, ni pusilánimes en esperar; ni superfluos en el sustento, ni notables en el vestido; no rápidos en prometer, ni tardos en cumplir, ni pródigos al dar. Su consejo siempre os alejará del mal temporal, viejo para el tiempo, pero nuevo para la codicia, la simonía; y su madre, la avaricia, que es idolatría. Y para concluir todo en breve discurso, si les creéis, en todo, a ejemplo del Apóstol, honraréis vuestro ministerio (Rom. XI, 13): el ministerio, digo, no el dominio. Así pues, honraréis el ministerio, no a vosotros mismos: pues quien busca lo suyo, desea ser honrado él, no el ministerio.

463 CAPÍTULO II. El honor y decoro de la dignidad eclesiástica no consiste en el esplendor externo, sino en la decencia de las costumbres y virtudes.

4. Honraréis, pues, no con el adorno de las vestiduras, no con la pompa de los caballos, no con amplios edificios, sino con costumbres adornadas, estudios espirituales, obras buenas. ¡Cuántos de otra manera! Se observa en no pocos sacerdotes un gran adorno de vestiduras; de virtudes, o ninguno, o escaso. Si les recordara aquel dicho apostólico, No con vestidura preciosa (I Tim. II, 9), temo que se indignen, ya que considerarían indigno que se les aplique una sentencia que recuerdan haber sido pronunciada primero para un sexo y orden más vil. Como si los médicos no usaran el mismo hierro para cortar a los reyes que a los hombres del pueblo: o se hiciera injuria a la cabeza si se cortaran los cabellos crecidos con las mismas tijeras con las que se recortaron las uñas superfluas. Sin embargo, si se indignan de ser heridos con la misma sentencia que las mujeres, no por mí, sino por el Apóstol, indígnense también de ser envueltos en la misma culpa. Desprecien ya las obras de los tejedores o peleteros, y no se gloríen en obras ajenas. Detesten también las pieles de ratones teñidas de rojo, que llaman gulas, para no rodear con ellas sus manos consagradas, y consagrantes de los tremendos misterios. Rechacen también poner en el pecho lo que más decentemente adorna la gema de la sabiduría. Avergüéncense también de rodear el cuello con lo que más honestamente y suavemente se somete al yugo de Cristo. No son estas las marcas de Cristo que estos llevan en su cuerpo a ejemplo de los mártires. Más bien se conocen como insignias femeninas, que ciertamente ellas acostumbran preparar con más curiosidad y gasto, pensando en lo que es del mundo, cómo agradar a los hombres.

5. Pero tú, sacerdote del Dios altísimo, ¿a quién deseas agradar con estas cosas, al mundo o a Dios? Si al mundo, ¿por qué sacerdote? Si a Dios, ¿por qué como el pueblo, así el sacerdote? Pues si deseas agradar al mundo, ¿de qué te sirve el sacerdocio? Ni puedes servir a dos señores. Quien quiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios: (Sant. IV, 4) y el profeta dice: Dios dispersará los huesos de aquellos que agradan a los hombres; se confundieron, porque Dios los despreció (Sal. LII, 6): y el Apóstol: Si agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gál. I, 10). Deseando, pues, agradar a los hombres, no agradas a Dios: si no agradas, no aplacas. ¿Por qué, entonces, como dije, sacerdote? Pero si, como añadí, intentas agradar, no al mundo, sino a Dios, ¿por qué como el pueblo, así el sacerdote? En verdad, si el sacerdote es pastor, y el pueblo ovejas, ¿es digno que en nada aparezca el pastor diferente de las ovejas? Si, como yo, que soy oveja, mi pastor también camina encorvado, con rostro mirando hacia abajo, y siempre mirando a la tierra, y buscando

alimento solo para el vientre con mente ayuna, ¿en qué nos diferenciamos? ¡Ay, si viene el lobo! no habrá quien prevea, quien acuda, quien rescate. ¿Conviene que el pastor, al modo de los rebaños, se incline a los sentidos corporales, se adhiera a lo bajo, anhele lo terrenal: y no más bien esté erguido como hombre, mire al cielo con la mente, busque y piense en lo que está arriba, no en lo que está sobre la tierra?

6. Sin embargo, se indigna conmigo si me atrevo a hacer siquiera un gesto, y ordena poner la mano en la boca, diciendo que soy monje, que no debo juzgar a los obispos. ¡Ojalá también me cerraras los ojos, para que no pudiera ver lo que me prohíbes contradecir! Gran presunción, si siendo oveja, al ver que las lobas feroces, la vanidad y la curiosidad, atacan a mi pastor, grito, para que tal vez a mi balido alguien acuda a las bestias sangrientas, y se socorra al que perece. ¿Qué harán de mí, que soy oveja, aquellas que con tanta ferocidad atacan incluso al pastor? Y si no quiere que clame por él, ¿acaso no podré balar por mí? 464 Pero, aunque yo calle, para no parecer que pongo mi boca en el cielo, se clama en la Iglesia: No con vestidura preciosa. Se clama especialmente a las mujeres: para que el obispo se avergüence de ser hallado en lo que ha oído ser reprendido incluso en el sexo más frágil. ¿O acaso no se teme ninguna confusión si yo solo dejé de murmurar? ¿Acaso, aunque yo no hable, no habla la conciencia de cada uno? ¿Qué si otro más audaz que yo, no de parte del Apóstol, como yo; no del Evangelio, no del profeta, no de algo eclesiástico, sino solo de lo gentil, dice: "Decid, pontífices," no en el santo, sino en el freno, "¿qué hace el oro?" ¡Cuánto más tolerable se ve en el santo que en el freno! Esto, aunque yo calle, lo clama, si no la corte de los reyes, al menos la penuria de los pobres. Aunque la fama calle, no así el hambre. La fama ciertamente calla, porque el mundo no puede odiarlos. Pues, ¿cómo el mundo argüirá el pecado, cuando más bien el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el iniquo es bendecido?

7. Claman los desnudos, claman los hambrientos, se quejan y dicen: Decid, pontífices, ¿qué hace el oro en el freno? (PERSIO, Sát. 8, vers 69.) ¿Acaso el oro en el freno repele el frío o el hambre? A nosotros, que sufrimos miserablemente de frío y hambre, ¿qué nos aportan tantas vestiduras, ya sea extendidas en perchas o dobladas en bolsas? Lo que derrocháis es nuestro; se nos quita cruelmente lo que gastáis en vano. También nosotros somos creación de Dios, también nosotros hemos sido redimidos por la sangre de Cristo. Por tanto, somos vuestros hermanos. Ved qué clase de porción fraterna alimenta vuestros ojos. Nuestra vida se convierte para vosotros en superfluas riquezas. Se nos quita lo que se añade a vuestras vanidades. Dos males, en definitiva, surgen de una sola raíz de codicia, mientras vosotros perecéis en la vanidad y a nosotros nos destruís despojándonos. Los animales caminan cargados de gemas, y no os preocupáis de nuestras piernas desnudas sin calzado. Anillos, cadenas, campanillas y ciertas correas claveteadas, y muchas otras cosas, tan hermosas en colores como preciosas en peso, cuelgan de los cuellos de los mulos: pero no ponéis ni siquiera cinturones a los costados de los hermanos. A esto se añade que todas estas cosas no las habéis trabajado con el esfuerzo del comercio ni con el ejercicio de vuestras propias manos, ni las poseéis por derecho hereditario: a menos que también vosotros hayáis dicho en vuestro corazón: "Poseamos por herencia el santuario de Dios" (Salmo LXXXII, 13). Y estos pobres ahora, ciertamente, solo ante Dios, a quien los corazones hablan. Pues no se atreven a quejarse abiertamente contra vosotros, a quienes, mientras tanto, por su vida, necesitan más bien suplicar. Sin embargo, en el futuro se mantendrán con gran constancia contra aquellos que los oprimieron, estando de pie por ellos el padre de los huérfanos y el juez de las viudas. Pues entonces será su voz: "Mientras no lo hicisteis a uno de estos mis más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mateo XXV, 45).

CAPÍTULO III. Los ornamentos más importantes y dignos de los prelados: castidad, caridad, humildad.

8. Vosotros, sin embargo, reverendísimo padre, vosotros, digo, no permitáis que vuestro ministerio sea honrado con tales cosas. Parecen ciertamente honoríficas, pero al ojo que ve en la superficie, no al que ve en lo oculto. Pues lo que se ve en lo oculto no aparece teñido de colores, sin embargo, es visible; no está condimentado con sabores, sin embargo, es muy dulce; no está elevado a cumbres, sin embargo, es excelso. La castidad, la caridad, la humildad, no tienen color alguno, pero no carecen de decoro; ni de un decoro mediocre, que también pueda deleitar los divinos aspectos. ¿Qué hay más decoroso que la castidad, que hace del mundo, concebido de semilla impura, un hogar, y del enemigo, un ángel del hombre? Difieren entre sí el hombre casto y el ángel, pero en felicidad, no en virtud. Pero, aunque la castidad de aquel sea más feliz, la de este se reconoce como más fuerte. Solo la castidad, en este lugar y tiempo de mortalidad, representa un estado de gloria inmortal. Solo entre las solemnidades nupciales reivindica la costumbre de aquella región bienaventurada, en la que ni se casan ni se dan en matrimonio: ofreciendo de algún modo a la tierra la experiencia de aquella conversación celestial. El frágil vaso que llevamos, en el que a menudo nos ponemos en peligro, lo mantiene la castidad (como advierte el Apóstol) en santificación (I Tes. IV, 4), y al igual que el bálsamo aromático, con el que se conservan incorruptos los cadáveres. Ella misma contiene y restringe los sentidos y los miembros, para que no se disuelvan en ocios, no se corrompan en deseos, no se pudran en los placeres de la carne: como se lee de algunos, que "se pudrieron como bestias en su estiércol" (Joel I, 17). Este ornamento de tanta belleza dignamente diría que honra el sacerdocio, que hace al sacerdote amado de Dios y de los hombres, cuya memoria, no en la sucesión de la carne, sino en la bendición espiritual, y lo hace semejante en gloria a los santos, aunque aún en esta región de disimilitud.

9. Sin embargo, por muy destacada que aparezca la castidad en su belleza, sin caridad no tiene ni precio ni mérito. Y no es de extrañar. ¿Qué bien se recibe sin ella? ¿La fe? Pero ni aunque traslade montañas. ¿La ciencia? Pero ni siquiera aquella que habla en lenguas de ángeles. ¿El martirio? Ni aunque entregue, dice, mi cuerpo para ser quemado (I Cor. XIII, 1-3). Sin ella no se recibe ningún bien, ni con ella se rechaza el más pequeño. La castidad sin caridad es una lámpara sin aceite. Quita el aceite, la lámpara no brilla. Quita la caridad, la castidad no agrada. Pero ¡oh cuán hermosa es, como clama el Sabio, la generación casta con caridad! (Sab. IV, 1.) Con aquella, digo, caridad, que describe el Apóstol, de corazón puro, y conciencia buena, y fe no fingida (I Tim. I, 5).

10. Además, la pureza del corazón consiste en dos cosas: en buscar la gloria de Dios y la utilidad del prójimo; para que en todos sus actos o palabras el obispo no busque nada propio, sino solo el honor de Dios, o la salvación de los prójimos, o ambos. Haciendo esto, cumplirá no solo el oficio de pontífice, sino también la etimología del nombre, haciéndose a sí mismo un puente entre Dios y el prójimo. Este puente llega hasta Dios con aquella confianza, que no busca su propia gloria, sino la de Él. Llega hasta el prójimo con aquella piedad, que desea beneficiar a él, no a sí mismo. Ofrece a Dios el buen mediador las oraciones y votos de los pueblos: llevándoles de Dios la bendición y la gracia. Suplica a la majestad por los excesos de los delincuentes, vindica en los pecadores la injuria de Dios. Reprocha a los ingratos los beneficios de la piedad, insinúa a los que desprecian la severidad del poder, pero no obstante, se esfuerza por aplacar la furia del indignado: a veces presentando la debilidad de los hombres, a veces la magnitud de la piedad divina. Finalmente, ya sea que exceda para Dios, ya sea que sea sobrio para nosotros, siempre se esfuerza, en cuanto está en él, por agradar a Dios o a nosotros, no buscando lo que es útil para sí mismo, sino lo que es para muchos.

11. El fiel pontífice, que cualquier bien que pase por sus manos, ya sean beneficios divinos para los hombres, ya sean votos de los hombres para Dios, con ojo de paloma, no retiene nada para sí de todo ello. No busca el don del pueblo, sino el lucro, ni usurpa para sí la gloria de Dios. No ata el talento recibido en un pañuelo, sino que lo reparte entre los banqueros, de los cuales también recibe intereses, no para sí, sino para el Señor. No tiene madriguera como los zorros, ni nido como las aves, ni bolsa como Judas; ni, en definitiva, como tampoco María, lugar en el mesón. Imita ciertamente a aquel que no tenía dónde reclinar la cabeza; hecho en el presente como un vaso perdido: cuando sin duda será un vaso para honor, y no para deshonra. Finalmente, pierde su alma en este mundo, para guardarla en la vida eterna. Este bien tan grande de la pureza interior no puede gloriarse verdaderamente, sino quien ha rechazado perfectamente las glorias externas. Pues no puede buscar puramente las ganancias de Dios o del prójimo, quien no ha despreciado las propias. Solo aquel no es privado de la gloria de la pureza interior, quien puede decir con el Señor: "Si yo busco mi gloria, mi gloria no es nada" (Juan VIII, 54); y con el Apóstol: "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Filip. I, 21); y con el profeta: "He sido olvidado, como un muerto del corazón" (Salmo XXX, 13), es decir, de la propia voluntad. Buena es la olvido, si te desconoces a ti mismo, para que beneficios al prójimo. Bien muerto del corazón, si ya no te esfuerzas por vivir para ti, sino para aquel que murió por ti. Bien muerto del corazón, quien dice: "Vivo, pero ya no yo". Pero, si muerto de sí, no obstante no de Cristo: sigue diciendo "Vive en mí Cristo" (Gál. II, 20). Esta muerte, que se hace del corazón, la inflige la caridad, de la que habla la esposa en el Cantar de los Cantares: "Estoy herida de caridad" (Cantar IV, 9). Porque el amor es fuerte como la muerte (Cantar VIII, 6), y mata en nosotros la muerte, no la vida. Por eso también amenaza audazmente: "Oh muerte, seré tu muerte" (Oseas XIII, 14). Extingue el pecado, que había expulsado la vida del alma; y restituye el alma a la inocencia.

11. Sin embargo, si la caridad prevalece sobre la muerte, de modo que pueda matarla en el combate, ¿por qué se dice fuerte como la muerte, y no más bien, más fuerte que la muerte? ¿O acaso porque ella misma es muerte, y no puede ser más fuerte que sí misma? Buena muerte, no de la vida, sino de la muerte. Buena muerte, y de ninguna manera aborrecible, que aunque quita la vida, no la destruye. La quita, sí, pero por un tiempo, para ser restituida en el tiempo, duradera sin tiempo. Finalmente, "habéis muerto", dice, "y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria" (Colos. III, 3, 4). Por tanto, con gusto careceré por un tiempo, para poseer eternamente. Y esto sea suficiente por lo que está escrito: "Caridad de corazón puro" (I Tim. I, 5). Ciertamente, en tal olvido de sí mismo, es necesario que el corazón esté bien consciente de sí, para que se extienda más seguro hacia las ganancias externas, habiendo dejado una conciencia segura dentro de sí. Pues ¿de qué le sirve al hombre si gana todo el mundo, pero pierde su alma? (Mat. XVI, 26).

CAPÍTULO IV. El cuidado de la fe sincera y la caridad no fingida, especialmente necesario para el prelado.

13. Pero también el orden exige que quien es mandado a amar al prójimo como a sí mismo, primero sepa amarse a sí mismo. Por tanto, hay dos cosas principalmente que hacen buena la conciencia: arrepentirse de los males y abstenerse de los males: esto es, para hablar con las palabras del bienaventurado Gregorio, llorar los cometidos y no cometer los que se deben llorar (Hom. 34, en Evang. después de la mitad). Ninguno de estos dos es suficiente por sí solo. Pues si el primero sin el segundo fuera suficiente, en vano David exhortaría diciendo, "Apártate del mal" (Salmo XXXVI, 27): e Isaías: "Dejad de hacer perversamente" (Isa. I, 16) y Dios mismo a Caín: "Has pecado, detente" (Gén. IV, 7, según LXX). Nuevamente, si el segundo por sí solo después del pecado fuera suficiente para restaurar la buena conciencia,

sin razón clamaría el penitente en el Salmo: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Salmo XXXI, 1); y aquello: "Mira mi humillación y mi trabajo, y perdona todos mis pecados" (Salmo XXIV, 18); y en la oración del Señor: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). Un alma bien consciente de ambas virtudes ya puede dejarse a sí misma con seguridad, y de algún modo perderse, para ganar a otros. Con los débiles se debilita, se quema con los escandalizados: se hace incluso, si es necesario, judío con los judíos, y no teme con tal conciencia, al ejemplo de Jeremías y Ezequiel, ser llevado cautivo a Egipto o a Caldea con los transgresores (Jerem. XLIII, 6, y IV Reg. XXIV); pero también con el santo Job hacerse hermano de los dragones, y compañero de los avestruces (Job XXX, 29); con Moisés también (lo que es más grave) ser borrado del libro de Dios (Éxodo XXXII, 32); y con Pablo no teme ser anatema de Cristo por los hermanos con tal conciencia (Rom. IX, 3); finalmente, incluso si es necesario, entrar en el infierno, seguro penetrando las llamas medias, canta con alegre conciencia, "Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo" (Salmo XXII, 4). Compare, si se quiere, los tesoros de los reyes y las alturas de los reinos con tal confianza: ¿no se reputará toda su felicidad, ante las riquezas de tan gran bien, como miseria? Y esta confianza la obra la caridad de corazón puro, y buena conciencia.

14. Ahora bien, lo que queda, de la fe no fingida (I Tim. I, 5); y también lo que de otro lugar viene a la mente, "la fe sin obras está muerta" (Jac. II, 20), estos dos nos envían a una cierta división triple de la fe, para que se diga fe muerta, fingida, probada. Y el Apóstol define como muerta aquella que está sin obras, es decir, que no obra por amor, como si no tuviera alma, el mismo amor, que la anime y la mueva a obrar. Pero yo creo que se llama fe fingida aquella que, habiendo recibido vida por amor, comienza a moverse para obrar bien; pero no perseverando, falla y muere como un aborto. En ese sentido diría que se llama fingida, como llamamos a los vasos del alfarero ficticios: no porque no sean útiles mientras duran, sino porque siendo frágiles, no duran mucho. De esta ficción de la fe creo que se señala a aquellos en el Evangelio: "Que creen por un tiempo y en el tiempo de la tentación se apartan". Pregunto a aquellos que dicen que la caridad, una vez recibida, nunca se aparta. La Verdad dice de algunos: "Y estos no tienen raíces, porque creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan" (Luc. VIII, 13). ¿De dónde, y a dónde se apartan? Sin duda de la fe a la infidelidad. También pregunto: ¿Podían salvarse en esa fe, o no podían? Si no podían, ¿qué injuria al Salvador, o qué alegría al tentador, que se aparten de allí, donde no hay salvación? pues ni el Salvador cela sino la salvación, ni el maligno envidia sino la salvación. Pero si podían, ¿cómo es que están sin caridad, mientras están en esa fe, cuando sin caridad no puede haber salvación; o al apartarse de la fe, no se apartan también de la caridad, cuando la caridad y la infidelidad no pueden estar juntas? Por tanto, algunos se apartan de la fe, porque la Verdad lo afirma; consecuentemente también de la salvación, porque el Salvador lo reprende: de ahí deducimos que también de la caridad, sin la cual no pudo haber salvación. Y estos, dice, no tienen raíz. No niega que tengan bien, sino que se queja de que no están arraigados en el bien.

15. Finalmente, sigue diciendo: "Porque creen por un tiempo". Es un bien, pero ojalá duradero. Pues no quien comience, sino quien persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Pero no duran, porque en el tiempo de la tentación se apartan. Bienaventurados si hubieran sido arrebatados antes de que la maldad cambiara sus corazones. Ahora bien, ¡ay de las que están embarazadas y de las que amamantan en aquellos días, llevando tiernos fetos, y fácilmente expulsados de la vida reciente en los peligros! Tales son las almas que tienen una caridad aún pequeña y tierna: y por eso su fe viva, pero fingida, necesariamente falla en la

tentación. "El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación a los hombres justos" (Ecli. XXVII, 6), a aquellos, evidentemente, que viven de la fe. Pues el justo vive de la fe (Rom. I, 17), pero de la fe que vive. Pues la que está muerta no puede dar vida. La fe de los demonios no se lleva a examen: vacía de caridad, está muerta. Creen, ciertamente, y tiemblan, pero el temor no está en la caridad. Por tanto, no están en el trabajo de los hombres, y no son azotados con los hombres: porque a la fe extinguida no se le debe ya prueba, sino reprobación. Por tanto, solo la fe de los justos, es decir, de los vivos, viva, el horno de las tentaciones la recibe para ser examinada. Pero no toda justicia de los justos permanece para siempre: porque hay quienes creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan. La tribulación prueba qué clase de fe tiene cada uno. Si la de alguno falla (falla, pues, cuando no persevera en la caridad), se reconoce que es fingida, si la de alguno persevera, se considera probada y perfecta.

16. Está claro por esto, según creo, que no todos los que han tenido caridad, tienen también perseverancia en la caridad. De lo contrario, en vano el Señor advertiría a los discípulos: "Permaneced, dice, en mi amor" (Juan XV, 9). O bien, si aún no amaban, no debería haber dicho, "permaneced", sino, "Estad en mi amor": o, si ya amaban, no era necesario advertirles sobre la perseverancia, de la que según estos no podían ser privados. Por tanto, el siervo bueno y fiel debe cuidar de guardar la caridad de corazón puro y buena conciencia con fe no fingida: estimando más la vida del alma que la del cuerpo, temiendo menos la muerte de la carne que la de la fe.

CAPÍTULO V. De la virtud de la humildad, necesaria para todos, pero principalmente para los prelados.

17. Ya de las tres que propusimos anteriormente, solo queda, si no me equivoco, tratar la humildad. Esta es tan necesaria para las dos virtudes anteriores, que sin ella no parecen ser virtudes. Pues para que se dé la castidad o la caridad, la humildad lo merece: porque Dios da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). La humildad, por tanto, recibe las otras virtudes. Conserva las recibidas, porque el Espíritu del Señor no reposa sino sobre el tranquilo y humilde (Isa. LXVI, 2). Las conservadas las perfecciona; pues la virtud se perfecciona en la debilidad, es decir, en la humildad (II Cor. XII, 9). Combate la soberbia, enemiga de toda gracia y principio de todo pecado, y repele de sí y de las demás virtudes la tiranía soberbia de aquella. Pues aunque la soberbia suele tomar incremento de otros bienes de las fuerzas, solo esta, baluarte de todas y torre de las virtudes, resiste valientemente a su malicia, se opone a la presunción. Solo esta, en definitiva, es de la que María, llena de todas las virtudes, pensó que debía gloriarse. Habiendo oído del ángel, "Salve, llena de gracia", como si solo de aquella plenitud reconociera en sí la humildad, se recuerda que solo respondió y devolvió en gracia: "Dios miró la humildad de su sierva" (Luc. I, 28-48).

18. ¿Qué decir entonces del autor y dador de virtudes, Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, en quien también habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad? ¿Acaso no se glorió Él mismo de la humildad, como la suma de su doctrina y de sus virtudes? Aprended, dice, de mí, no porque soy sobrio, o casto, o prudente, o algo por el estilo: sino porque soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Aprended de mí, dice. No os envío a la doctrina de los patriarcas, ni a los libros de los profetas; sino que me presento a vosotros como ejemplo, como modelo de humildad. Me envidiaron la altura que tengo ante el Padre, el ángel y la mujer: aquel por el poder, esta por el conocimiento. Vosotros, sin embargo, emulad los carismas mejores, aprendiendo de mí que soy manso y humilde de corazón.

19. Creo conveniente investigar algo también sobre la soberbia, para que, por el vicio opuesto, la belleza de esta virtud aparezca más manifiesta. La soberbia es el apetito de la propia excelencia. Esta se divide en dos especies, en soberbia ciega y vana. Que, de hecho, pueden ser llamadas también con otros nombres, obstinación y vanidad: de las cuales la primera es un vicio de la inteligencia, la segunda de la voluntad. Pues por aquella se engaña el ojo de la razón, y por esta se afecta malamente el apetito de la voluntad. Lo demostraremos mejor con las definiciones de cada una. La soberbia ciega o contumacia es el vicio por el cual alguien, creyendo ser bueno lo que no es, o que es por sí mismo lo que es, se gloria en sí mismo, no en el Señor. La soberbia vana o vanidad es el vicio por el cual alguien se deleita más en sus propias alabanzas que en las de Dios, tanto por lo que es como por lo que no es. Así, habiendo expuesto esto, adaptemos ya lo contrario a la humildad, oponiendo cada una a cada una. La humildad es el desprecio de la propia excelencia. El desprecio se opone al apetito. A las dos especies de soberbia, se oponen igualmente dos de humildad: contra la ciega, que alguien sepa sentir humildemente sobre sí mismo; contra la vana, no consentir con quienes piensan de otro modo. En efecto, quien sabe sentir humildemente sobre sí mismo, no puede ser engañado en ninguno de sus juicios sobre sí mismo, a saber, que piense ser algo más de lo que es, o que es por sí mismo lo que es. Y por eso, careciendo pacientemente de lo que sabe que le falta, se gloria humildemente de lo que está seguro que tiene, no en sí mismo, sino en el Señor.

20. Además, contra esto, para que no se sienta más de lo que es, suele el verdadero humilde revolver en su mente con meditación continua: No seáis sabios en vuestra propia opinión, sino conformaos con los humildes (Rom. XII, 16): y aquello, No anduve en grandezas, ni en cosas maravillosas para mí. Si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma (Sal. CXXX, 1, 2): y también: Quien se cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3). Contra esto, para que no sienta que es por sí mismo lo que siente que es, se pregunta a sí mismo con diligencia: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7.) Asimismo, quien ha acostumbrado a despreciar perfectamente las alabanzas humanas, cuando percibe que es alabado por lo que sabe que no tiene en sí, no consintiendo en absoluto, se recuerda a sí mismo: Quienes te bendicen, te llevan al error (Isa. III, 12). Pero también recuerda igualmente aquel versículo. Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres, mentirosos los hijos de los hombres en las balanzas, para engañarse a sí mismos con la vanidad (Sal. LXI, 10). Por lo tanto, se esfuerza diligentemente en imitar al Apóstol, hablando así de sí mismo: Pero me abstengo, para que nadie me estime por encima de lo que ve en mí, o escucha algo de mí (II Cor. XII, 6). Y cuando se da cuenta de que es alabado por el bien que reconoce tener, no obstante, en cuanto depende de él, se preocupa de rechazar de sí el dardo del favor con el escudo de la verdad: dando gloria a Dios, y diciendo: Por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV, 10). Y rechazando de sí toda sospecha, dice al Señor: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII, 9). Teme, sin duda, que si actúa de otro modo, pueda escuchar de Él: Has recibido tu recompensa (Mat. VI, 5); y de nuevo, Buscáis la gloria unos de otros, y no queréis la gloria que viene solo de Dios (Juan V, 44). Huyendo, pues, también de esto al consejo del Apóstol, prueba su propia obra, para que así tenga en sí mismo gloria, y no en otro (Gál. VI, 4). Fiel guardián de sí mismo, que guarda para sí el aceite del favor sin fraude, para que en la venida del esposo la lámpara de la conciencia no se apague vacía. No en otro, digo. Pues no considera seguro confiar su gloria a los labios de los hombres, ciertamente un arca sin llave, y sin cerrojo, cerrada a nadie que quiera dañarla. No es seguro, ciertamente, sino necio, esconder allí tu tesoro, de donde no puedes recuperarlo cuando quieras. Si lo

pones en mi boca, ya no está en tu poder, sino en el mío, ya que ciertamente puedo, a mi antojo, alabarte o denigrarte.

CAPÍTULO VI. La alabanza y la verdadera gloria deben depositarse en la conciencia de cada uno; sin embargo, no sin temor, porque Dios es el escrutador y juez de los corazones.

21. Un vaso sano e incommovible es la conciencia, y apto para guardar secretos, no accesible a ninguna insidia, no cediendo a ninguna violencia; pues no es accesible a ningún ojo ni mano, excepto al Espíritu, que escudriña incluso las profundidades de Dios. Cualquier cosa que deposite en ella, estoy seguro de que no la perderé: la guardará en vida, y la devolverá al difunto. Pues dondequiera que yo vaya, ella va conmigo, llevando consigo el depósito que ha recibido para guardar. Está presente en vida, sigue al muerto; en todas partes es para mí o gloria, o confusión inseparable según la calidad del depósito. Bienaventurados los que pueden decir en verdad: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). No puede decirlo sino el humilde, quien según el proverbio vulgar, siempre teme los ojos del campo, y tiene siempre sospechosas las orejas de los bosques. Bienaventurado, sin duda, el hombre que siempre es temeroso (Prov. XXVIII, 14). No puede decirlo el arrogante y presuntuoso, que ostentándose impudicamente, por todas partes y en todas partes, como caminando por el campo, se entrega todo a la gloria: se gloria incluso cuando ha hecho mal, y se regocija en cosas malas. Se cree no ser visto, mientras tenga más imitadores que censores, ciego guía de ciegos. Pero este campo tiene los ojos de los santos ángeles, sin duda, a quienes siempre ofende la conversación indisciplinada. No dirá el hipócrita: Mi gloria es el testimonio de mi conciencia: porque aunque engañe con palabras, rostro o hábito simulado a la opinión de los que juzgan según la apariencia; pero no al juicio de aquel que escudriña los riñones y los corazones, ni lo engaña ni lo evade, ya que Dios no puede ser burlado.

22. Teme, pues, también este la oreja del bosque. Aunque la lengua y la mano cesen, sin embargo, el corazón que calla y descansa habla en cualquier parte a la oreja siempre presente de cualquier bosque de duplicidad oculta y de astucia espinosa, la mente confiesa. El corazón del hombre es perverso e inescrutable (Jer. XVII, 9), de modo que nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él; pero ni siquiera él completamente. Pues cuando el Apóstol decía: Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por juicio humano; añadió: Pero ni yo mismo me juzgo. ¿Por qué? Porque no puedo, dice, emitir una sentencia firme ni siquiera sobre mí mismo. Porque aunque no tengo conciencia de nada, no por eso estoy justificado. No confío del todo en mi propia conciencia, ya que ni siquiera ella puede comprenderme por completo; ni puede juzgar sobre todo, quien no escucha todo. Pero quien me juzga es el Señor. (I Cor. IV, 3, 4). El Señor, dice, cuya ciencia no escapa, ni su juicio se elude, incluso lo que oculta a la propia conciencia. Dios escucha en el corazón del que piensa, lo que no escucha ni siquiera el que piensa. Estaba presente el oído del Profeta ausente a la boca que furtivamente pedía dinero (IV Reg. V, 22): y yo, por más que piense en oculto en dañar al prójimo maliciosamente, o a mí mismo torpemente, ¿no temeré el oído que nunca está ausente? Un oído verdaderamente temible y reverendo, al que no cesa el descanso, ni el silencio calla. Finalmente dice: Quitad el mal de vuestras obras de mis ojos. (Isa. I, 16.) Pero, ¿qué significa que dice, de mis ojos? ¿Acaso Dios no solo escucha, sino que también ve nuestros secretos? ¡Qué ojos que contemplan pensamientos! No están coloreados para ser vistos, como tampoco suenan para ser escuchados. Suelen ser sentidos por el que piensa, no escuchados por el que escucha, ni vistos por el que contempla. Sin embargo, el Señor conoce los pensamientos de los hombres porque son vanos. ¿Por qué no habría de conocerlos, si los escucha y los ve? A estos dos sentidos principalmente, es decir, a la vista y al oído, nadie cree que se les deba negar fe. Esto es lo que afirmamos saber con certeza, lo que hemos visto y oído. Por lo tanto, no era necesario para el Señor Jesús que alguien diera testimonio del

hombre; Él ciertamente sabía lo que había en el hombre. ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mat. IX, 4.) Respondía no a las palabras, sino a los pensamientos. Escuchaba no a los que hablaban, veía no a los que aparecían.

23. Tiemblo por completo, Señor Jesús, al considerar con el poco que puedo tu majestad, especialmente cuando recuerdo en cuántas ocasiones he sido tu despreciador. Pero incluso ahora, cuando ya he huido de la majestad a los pies de la piedad, ¿qué más hago? Temo que, habiendo sido alguna vez contrario a la majestad, ahora me encuentre ingrato a la piedad. Pues, ¿qué si cesan las manos, y no cesa el pecho? ¿Qué si la boca ya calla, y aún no descansa el corazón? Si cada uno de los movimientos ilícitos de mi alma son como ciertas injurias contra ti, Dios, como el movimiento de la ira contra la mansedumbre, de la envidia contra la caridad, de la lujuria contra la frugalidad, de la impureza contra la castidad, y otras innumerables semejantes, que del cenagoso lago de mi pecho inquieto aún ahora brotan incesantemente, inundando e impactando en la serenidad de tu rostro resplandeciente: ¿qué gran cosa he hecho al solo contener los miembros, al corregir los actos? Si estas y otras iniquidades semejantes, que, aunque estoy desocupado exteriormente, no ceso de realizar interiormente, las observas, oh Señor, ¿quién podrá sostenerse? ¿O acaso ya no las hago, sino que las sufro? Se realizan en mí, pero no por mí, si no consiento. Ciertamente, si no me han dominado, entonces seré inmaculado, e inmaculado ante Él, no solo si he carecido, sino también si me he guardado de mi iniquidad. Digo mía, no porque la haga, sino porque la soporto. Llevo el cuerpo de la muerte, y la carne del pecado: me basta por ahora, si el pecado no reina en mi cuerpo mortal. Así, el cuerpo no se imputa al crimen, ni tampoco el pecado que habita en él: si, sin embargo, no me deleito, si no presento mis miembros como armas de iniquidad. Por esto orará a ti, oh misericordioso, cualquier santo en el tiempo oportuno: (Sal. XXXI, 6.) suplicante, ciertamente, por lo que siente mal; y no obstante santo, mientras no consienta: suplicante por el peligro, santo por la virtud: santo y bienaventurado, quien deleitándose en la ley de Dios según el hombre interior, por el mal que siente que está en su cuerpo, de tal manera que no puede carecer de él sino junto con el cuerpo, se consuela con razón, y dice: Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. (Rom. VII, 17).

24. Sin embargo, ¿quién entiende los errores? Pues si pudiera decir con Pablo, lo cual está muy lejos de mí, No tengo conciencia de nada (I Cor. IV, 4): no obstante, no debería gloriarme en esto como justificado: Porque no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda. (II Cor. X, 18). Si el día humano me aplaude por mi justicia, lo tengo por poco, porque solo brilla en la apariencia. Pues el hombre ve la apariencia, pero Dios ve el corazón. (I Sam. XVI, 7.) Por esto Jeremías no se dejaba llevar por las sentencias populares, como ciertos rayos del día humano, sino que hablaba confiadamente a Dios: No deseé el día del hombre, tú lo sabes. (Jer. XVII, 16.) Si mi día me sonríe, ni siquiera me juzgo a mí mismo (I Cor. IV, 3): porque ni siquiera yo me entiendo completamente. Solo ha sido constituido juez de vivos y muertos, quien formó individualmente los corazones de todos, y entiende todas sus obras. Solo atiendo al juez, a quien reconozco como el único justificador. El Padre le dio el juicio, porque es el Hijo del hombre (Juan V, 27). No me atribuyo a mí mismo ni sobre mí, siervo del Hijo, el poder, ni me cuento entre aquellos de quienes suele quejarse: Han quitado de mí el juicio. El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo (ibid., 22): ¿y yo me atribuiré lo que ni siquiera el Padre se atribuye a sí mismo? Quiera o no, es necesario que me presente ante Él: a Él rendiré cuentas de lo que haya hecho en el cuerpo, a quien ni una palabra se le escapa, ni un pensamiento se le oculta. Bajo tan justo ponderador de méritos, bajo tan íntimo inspector de secretos, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? Solo la humildad, que no suele gloriarse, no sabe presumir, no acostumbra a contender, encontrará gracia en los ojos de la

piedad. Pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6). No contiene en juicio, ni pretende justicia quien es verdaderamente humilde, sino que dice: No entres en juicio con tu siervo, Señor (Sal. CXLII, 2). Rechaza el juicio, y pide misericordia, confiando más en poder obtener el perdón que en reivindicar la justicia. Conoce la naturaleza divina naturalmente piadosa, que no aborrece nuestra humildad. No desprecia esa majestad el corazón contrito y humillado en nuestra especie, que no se dignó asumir el cuerpo de humildad. De alguna manera, la divinidad siempre se acerca más familiarmente a la humildad. Finalmente, se revistió de ella, para aparecer a los hombres. Llevó una sustancia, forma y hábito humilde, recomendándonos la excelencia de esa virtud, que quiso honrar con su especial presencia.

CAPÍTULO VII. Critica la ambición de los eclesiásticos, la promoción de los jóvenes y la pluralidad de beneficios.

25. Sin embargo, a vosotros, amadísimo, a vosotros especialmente creo que esta es más necesaria, cuanto mayor se reconoce la materia para enorgullecerse. Linaje, edad, ciencia, cátedra, y, lo que es más, la prerrogativa del primado, ¿no serían motivo de insolencia, ocasión de altivez? Aunque pueden ser también de humildad. A los que meditan, ciertamente los honores halagan, pero a los que consideran las cargas, son tedio y temor. No todos, sin embargo, comprenden esta palabra. Pues muchos no correrían con tanta confianza y alegría hacia los honores, si sintieran que son también cargas. Temerían ciertamente ser agobiados, y no buscarían con tanto esfuerzo y peligro las insignias de cualquier dignidad. Ahora bien, porque solo se atiende a la gloria, y no al castigo, se considera vergonzoso ser un simple clérigo en la Iglesia; y se consideran a sí mismos viles y sin gloria, quienes no han sido elevados a cualquier lugar eminente. Escolares niños y adolescentes impúberes, por la dignidad de la sangre, son promovidos a dignidades eclesiásticas, y se trasladan de bajo la vara a presidir sobre los presbíteros; más contentos, por el momento, de haber escapado de las varas, que de haber merecido el principado; y no tanto les halaga el magisterio obtenido, como el quitado. Y esto al principio. Pero con el tiempo, poco a poco insolentes, aprenden en breve a reclamar altares, a vaciar los bolsillos de los súbditos, usando ciertamente maestros idóneos en esta disciplina, la ambición y la avaricia. Sin embargo, por más que con tu industria te esfuerces en adquirir ganancias, con cuanta vigilancia puedas conservar tu propiedad, con cuanta diligencia te esfuerces en captar el favor de reyes y príncipes, decimos sin embargo: ¡Ay de la tierra cuyo rey es un niño, y cuyos príncipes comen por la mañana! (Ecl. X, 16).

26. No decimos que cualquier edad sea prematura para la gracia de Dios, como tampoco tardía: pues vemos a muchos jóvenes entender más que los ancianos, envejecer en costumbres, adelantarse en méritos a los tiempos, y compensar con virtudes lo que falta a la edad. Buenos niños, que lo que parecen ser por edad, se esfuerzan en serlo también por malicia. Malicia, digo, pero no en sentido: de quienes, según la advertencia del Apóstol, nadie desprecie su juventud (I Tim. IV, 12). Mejores los adolescentes de buena índole que los ancianos de días malos. El niño de cien años es maldito: y hay, por el contrario, una vejez venerable, no prolongada, ni computada por el número de años (Sab. IV, 8). Bueno el niño Samuel, que estaba presto a escuchar a Dios hablando, diciendo: Habla, Señor, porque tu siervo escucha (I Sam. III, 9); como si dijera: Estoy preparado y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos (Sal. CXVIII, 60). Bueno también Jeremías, que fue santificado antes de nacer, aunque se excusara por su juventud, no obstante fue constituido sobre naciones y reinos (Jer. I, 6). Bueno también Daniel, cuyo espíritu despertó Dios, para convencer juicios inicuos, y liberar sangre inocente (Dan. XIII, 45-64). Finalmente, las canas son el sentido del hombre, y la vejez es una vida inmaculada (Sab. IV, 8, 9). Dondequiera que

se encuentre promovido un niño anciano de este tipo, es obra de Dios, para aquellos que no son así, es algo para admirar, no para imitar.

27. Sin embargo, se observa en el clero una tendencia generalizada, desde todas las edades y rangos, tanto de los instruidos como de los no instruidos, a buscar cargos eclesiásticos, como si al llegar a ellos ya no tuvieran preocupaciones. No es sorprendente en aquellos que aún no lo han experimentado por sí mismos. Al ver a aquellos que ya han asumido la carga deseada, no solo no se quejan como si estuvieran bajo un peso, sino que además buscan aumentar su carga, no se desaniman por los peligros que, cegados por la codicia, no ven; sino que son provocados por los favores que envidian en ellos. ¡Oh infinita ambición y avaricia insaciable! Cuando han merecido los primeros grados de honor en la Iglesia, ya sea por mérito de vida, dinero, o incluso por prerrogativa de carne y sangre, que no poseerán el reino de Dios, sus corazones no descansan, siempre agitados por el doble deseo de expandirse más y elevarse a posiciones más altas. Por ejemplo, cuando alguien se convierte en decano, preboste, archidiácono, o algo similar en cualquier Iglesia, no contento con uno en una, se esfuerza por adquirir tantos honores como pueda, tanto en una como en varias. Sin embargo, a todos estos, si se presenta la oportunidad, preferiría con gusto la dignidad de un solo obispo. Pero, ¿se saciará así? Convertido en obispo, desea ser arzobispo. Una vez logrado esto, soñando con algo aún más alto, decide frecuentar el palacio romano con viajes laboriosos y relaciones costosas, buscando amistades lucrativas. Si hacen esto por el bien de la ganancia espiritual, el celo es loable; pero la presunción debe corregirse.

28. Algunos, al no poder lograr esto, se vuelven hacia otro tipo de ambición, en la que igualmente revelan su deseo de dominar. Pues cuando presiden ciudades muy populosas y, por así decirlo, abarcan con el ámbito de su diócesis patrias enteras, encuentran una ocasión en cualquier antiguo privilegio para someter ciudades vecinas: de modo que dos, para las cuales apenas bastaban dos prelados, se reduzcan a uno solo. Pregunto, ¿qué presunción tan odiosa es esta? ¿Qué ardor tan grande de dominar sobre la tierra? ¿Qué deseo tan desenfrenado de gobernar? Ciertamente, cuando primero fuiste llevado a la cátedra, llorabas, te rehusabas, te quejabas de la violencia, diciendo que era mucho para ti y completamente por encima de ti; clamabas que eras miserable e indigno, que no eras apto para tan santo ministerio, que no podías con tantas preocupaciones. ¿Por qué, entonces, ahora, con el temor modesto apartado, ambicionas voluntariamente cosas más grandes; es más, con audacia irreverente, no contento con lo propio, invades lo ajeno? ¿Por qué esto? ¿Quizás para salvar a más pueblos? Pero meter tu hoz en la mies ajena es injurioso. ¿Para beneficiar a tu Iglesia? Pero al Esposo de las Iglesias no le agrada tal incremento de una que sea detrimento de otra. ¡Cruel ambición, e increíble, si los ojos no lo confirmaran! Apenas pueden contenerse las manos de cumplir literalmente lo que se lee en el profeta: "Desgarraron a las mujeres encintas de Galaad para ensanchar sus límites" (Amós 1, 13).

29. ¿Dónde está aquella terrible amenaza, "¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo!" (Isaías 5, 8)? ¿Acaso este "Ay" debe temerse solo en estas pequeñas cosas, y no cuando se unen ciudades con ciudades, o provincias con provincias? Más bien, que respondan, si quieren, que imitan al Señor Cristo, haciendo también ellos de dos uno, trayendo también ellos rebaños de diferentes pastos, para que haya un solo pastor y un solo redil. Por esta razón, no dudan en frecuentar a menudo los umbrales de los apóstoles, encontrando allí (lo que es más lamentable) quienes favorezcan su voluntad impropia: no porque a los romanos les importe mucho cómo terminen las cosas; sino porque aman mucho los regalos, siguen las retribuciones. Hablo desnuda y claramente, no revelo lo que debe ser cubierto, sino que confuto lo que es descarado. ¡Ojalá estas cosas se hicieran en privado y en

las cámaras! ¡Ojalá solo nosotros viéramos y oyéramos! ¡Ojalá no se creyera a los que hablan! ¡Ojalá los modernos Noé nos hubieran dejado algo que pudiéramos cubrir de alguna manera! Pero ahora, viendo el mundo entero la farsa, ¿guardaremos silencio? ¿Mi cabeza está golpeada por todas partes, y yo, con la sangre brotando por doquier, pensaré que debe ser cubierta? Cualquier cosa que ponga, se manchará de sangre; y será mayor la confusión de querer ocultar, cuando no se puede ocultar.

CAPÍTULO VIII. Recomienda la humildad y la modestia al obispo.

30. Buena es la humildad, que tanto en el presente hace que la mente esté tranquila de estas preocupaciones mordaces, como en el futuro asegura la conciencia de penas amenazantes. Que esta virtud, padre, contenga sus ánimos de toda esta emulación pestilente. Escuchen más bien al Profeta, que así nos desaconseja de tales cosas: "No te irrites a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad" (Salmo 36, 1). Más bien, debemos emular al Apóstol, que no se gloria en exceso, ni se extiende más allá de sí mismo: ni se atreve, como él mismo confiesa, a compararse con algunos que se recomiendan a sí mismos, sino que se compara consigo mismo, y mide según la medida de la regla que Dios le ha dado (2 Corintios 10, 12-13). Al escuchar también de su boca, "No os defraudéis unos a otros" (1 Corintios 7, 5), se complacerá en estar contento con lo propio. Y provocando a la humildad, no dudará en comunicar saludablemente a su arzobispo: "No te ensoberbecas, sino teme" (Romanos 11, 20). Para quien está en lo alto, no ensoberbecerse es difícil y del todo inusual: pero, cuanto más inusual, tanto más glorioso. El temor de la altura ya alcanzada hará que se aborrezca más que se desee alturas mayores. No se consideren, por tanto, felices porque presiden: sino si no benefician, considérense infelices.

31. Para que puedan presidir con seguridad, no desprecien someterse también, si deben, a alguien. El desprecio de la sujeción hace indigno de la preeminencia. Es consejo del sabio: "Cuanto más grande seas, humíllate en todo" (Eclesiástico 3, 20). Y precepto de la Sabiduría: "El que es mayor entre vosotros, sea como el menor" (Lucas 22, 26). Si conviene incluso estar sujeto a los menores, ¿cómo será lícito despreciar el yugo de los mayores? Que los súbditos vean en ustedes lo que deben devolverles. Entienden lo que digo: a quien honor, honor. "Toda alma", dice, "esté sujeta a las potestades superiores" (Romanos 13, 1). Si "toda", también la suya. ¿Quién los exime de la universalidad? Si alguien intenta eximirlos, intenta engañarlos. No se adhieran a los consejos de aquellos que, aunque son cristianos, consideran un oprobio seguir los hechos de Cristo o obedecer sus palabras. Son ellos quienes suelen decirles: "Conserve el honor de su sede. Debería, de hecho, crecer la Iglesia que les fue confiada: ahora al menos mantenga la dignidad en la que la recibieron. ¿Y no son ustedes más capaces que su predecesor? Si no crece por ustedes, al menos no disminuya por ustedes". Esto dicen ellos. Cristo ordenó y actuó de otra manera. "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Marcos 12, 17). Lo que dijo con la boca, se apresuró a cumplir con la obra. El Creador del César no dudó en dar tributo al César: pues dio ejemplo para que ustedes también hagan lo mismo. ¿Cuándo negó la reverencia debida a los sacerdotes de Dios, quien también se preocupó por exhibirla a las potestades seculares? Por tanto, si ustedes asisten diligentemente al sucesor de César, es decir, al rey, en sus cortes, consejos, negocios y ejércitos; ¿será indigno para ustedes exhibirse de tal manera a cualquier vicario de Cristo, como ha sido ordenado desde antiguo entre las Iglesias? Pero, como dice el Apóstol, "las cosas que son, son ordenadas por Dios" (Romanos 13, 1). Que vean, pues, los disuasores de esta ignominia, qué significa resistir a la ordenación de Dios. Es muy ignominioso para el siervo ser como su señor: o para el discípulo, ser como su maestro. Se creen que les están haciendo un gran favor cuando intentan preferirlos a Cristo, quien clama y dice: "No es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que lo envió" (Juan 13, 16). Lo que no

despreció el maestro y Señor, tal maestro y señor, ¿lo juzgará indigno el buen siervo, el devoto discípulo?

32. ¡Qué bellamente habló aquel Centurión bendito, cuya fe no encontró igual en Israel! "Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes" (Lucas 7, 8). No alardeaba de su autoridad, que ni siquiera mencionó sola, ni primero. Pues al decir "tengo soldados bajo mis órdenes", precedió con: "Soy hombre bajo autoridad". Primero se reconoció hombre, antes que poderoso. Reconoció, digo, que era hombre, un gentil, para mostrar que ya se cumplía en él lo que David había dicho mucho antes: "Sepan las naciones que son hombres" (Salmo 9, 21). "Soy hombre", dice, "y bajo autoridad". Ya no sospechamos jactancia en lo que añadas. Pues se ha precedido la humildad, para que la altura no precipite. Ni encuentra lugar la arrogancia, donde tan claro ha precedido el signo de la humildad. Reconoces la debilidad, confiesas la sujeción: ya puedes profesar con seguridad que tienes soldados bajo tus órdenes. En verdad, porque no se avergonzó de la sujeción, mereció ser honrado justamente por la preeminencia. No se avergonzó de la autoridad sobre él, y por eso fue digno de tener soldados bajo él. De la abundancia del corazón hablaba la boca: y conforme tenía ordenadas las afecciones dentro, también compuso decentemente las palabras fuera. Dio primero honor a los superiores, para que ya justamente lo recibiera de los súbditos: sabiendo que recibía de los superiores lo que impartiría a los inferiores, y que mejor aprendería por experiencia propia a moderar sus mandatos. Quizás no ignoraba que al hombre sujeto a Dios, Dios le había sometido todo bajo sus pies; que al ofenderse, le devolvió hostilidad; y que aquel a quien había constituido humilde sobre las obras de sus manos, por el mérito de la soberbia, comparado con las bestias insensatas, se hizo semejante a ellas. Quizás también sabía que el espíritu humano, sujeto al Creador, poseía la carne sujeta a él: rebelde, la encontró rebelde: y hecho transgresor de la ley superior, comenzó a sentir otra ley en sus miembros, que se oponía a la ley de su mente, y lo llevaba cautivo en la ley del pecado.

CAPÍTULO IX. Se reprende a los abades que buscan exenciones de manera inapropiada.

33. Me sorprende que algunos abades de monasterios en nuestra Orden rompan esta regla de humildad con una contienda odiosa, y bajo un hábito y tonsura humildes, piensen tan arrogantemente, que mientras no permiten que sus súbditos pasen por alto ni una sola palabra de sus mandatos, ellos mismos desprecian obedecer a los obispos. Despojan a las iglesias para emanciparse; se redimen para no obedecer. No así Cristo. Él, de hecho, dio su vida para no perder la obediencia: mientras que estos, para carecer de ella, gastan casi todo su sustento y el de los suyos. ¿Qué es esta presunción, oh monjes? Pues aunque sean superiores a los monjes, no por eso dejan de ser monjes. Ciertamente, la profesión hace al monje, la necesidad al superior. Para que la necesidad no perjudique a la profesión, que la preeminencia se añada, no suceda al monacato. De lo contrario, ¿cómo se cumplirá aquello: "Te han hecho príncipe? Sé entre ellos como uno de ellos" (Eclesiástico 32, 1). ¿Cómo ser como uno de ellos, permaneciendo entre humildes soberbio, entre súbditos rebelde, implacable entre mansos? Para que te consideremos como uno de ellos, veamos que estás tan dispuesto a obedecer como a exigir obediencia: veamos que tan libremente obedeces a los superiores como mandas a los súbditos. Si siempre quieres tener obedientes, y nunca serlo, demuestras que no eres como uno de ellos, ya que te niegas a ser uno de los obedientes: de quienes, al separarte con soberbia, claramente advertimos a qué compañía te agregas: y si tú, o bien impudicamente desprecias, o imprudentemente disimulas, debes saber que ciertamente te cuentas entre aquellos de quienes está escrito: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas" (Mateo 23, 4). ¿De quién, entonces, juzgas más indigno el consorcio, de los maestros delicados, a quienes la Verdad reprende, o de los monjes obedientes, a quienes llama sus amigos? Pues dice:

"Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando" (Juan 15, 14). Ves, entonces, qué es mandar lo que tú mismo no haces; o no querer hacer lo que enseñas.

34. Además, para no mencionar aquello de la Regla, donde se te ordena por San Benito que lo que enseñas a los discípulos como contrario, no lo muestres en tus hechos; para no omitir, que claramente define que el tercer grado de humildad es que uno, por amor a Dios, se someta en toda obediencia al mayor (Capítulos 2, 7); en la regla de la Verdad, observa a quienes se lee: "Quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos" (Mateo 5, 19). Por tanto, tú, enseñando y rehusando obedecer, eres convicto de enseñar y quebrantar no un mandamiento pequeño, sino el más grande de Cristo. Así que, siendo doctor y quebrantador del mandamiento, debes ser llamado el más pequeño en el reino de los cielos. Si, por tanto, consideras una injuria a tu priorato ser menor que los sumos sacerdotes, ¿no es más indigno ser llamado el más pequeño en el reino de los cielos? Si eres muy soberbio, te confundirá más ser llamado el más pequeño que el menor. Pues es menos vil ser menor que el más pequeño: y mucho más preferible, estar sujeto solo a los obispos, que a la universalidad.

35. Pero no lo hago por mí, dice, sino que busco la libertad de la iglesia. ¡Oh libertad más servil que toda servidumbre, por así decirlo! Pacientemente me abstendré de tal libertad, que me someto a la servidumbre de la peor soberbia. Temo más los dientes del lobo que la vara del pastor. Estoy seguro de que yo, monje, y abad de monjes, si alguna vez intento sacudir el yugo de mi propio pontífice de mi cuello, inmediatamente me someto a la tiranía de Satanás. Pues al advertir aquella bestia cruel, que ronda buscando a quien devorar, que la custodia se ha alejado; ¡ay! inmediatamente salta sobre el presuntuoso. Pues no duda en presidir sobre el soberbio, quien con razón se gloria de ser rey sobre todos los hijos de la soberbia. ¿Quién me dará cien pastores asignados a mi custodia? Cuantos más siento que cuidan de mí, más seguro salgo a los pastos. ¡Insensatez asombrosa! No dudo en reunir multitudes de almas para que me cuiden, y me pesa tener un solo guardián sobre mí mismo. Y ciertamente los súbditos me preocupan por la cuenta que debo rendir por ellos: pero los que me presiden, ellos más bien, dice Pablo, "velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta" (Hebreos 13, 17). Aquellos, aunque honran, cargan: estos no tanto oprimen como protegen. Sé que he leído: "El juicio será severo para los que presiden; pero al pequeño se le concederá misericordia" (Sabiduría 6, 6-7). ¿Qué, entonces, les pesa a ustedes, oh monjes, la autoridad de los sacerdotes? ¿Temen la persecución? Pero si sufren algo por la justicia, son bienaventurados. ¿Desprecian la secularidad? Pero nadie más secular que Pilato, ante quien el Señor estuvo para ser juzgado. "No tendrías", dice, "poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba" (Juan 19, 11). Ya entonces hablaba por sí mismo y experimentaba en sí mismo lo que después clamó por los apóstoles en las Iglesias, "No hay poder sino de Dios" y "Quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios" (Romanos 13, 1-2).

36. Vayan ahora, pues, resistan al Vicario de Cristo, cuando ni siquiera Cristo resistió a su adversario: o digan, si se atreven, que Dios no conoce la ordenación de su Prelado, cuando Cristo confiesa que la potestad del Prelado Romano sobre él también fue ordenada desde el cielo. Pero algunos de estos claramente indican lo que piensan, mientras con mucho esfuerzo y precio obtienen privilegios apostólicos, y por ellos se atribuyen insignias pontificales, usando también ellos al modo de los pontífices, mitra, anillo y sandalias. Ciertamente, si se atiende a la dignidad de las cosas, la profesión de monje aborrece esto: si al ministerio, claramente corresponde solo a los pontífices. En verdad desean ser lo que desean parecer; y con razón no pueden ser súbditos, quienes ya por el mismo deseo se comparan. ¿Qué si la autoridad de los privilegios pudiera conferirles también el nombre? ¿Cuánto crees que pagarían para ser llamados pontífices? ¿A dónde va esto, oh monjes? ¿Dónde está el temor de

la mente? ¿Dónde el rubor del rostro? ¿Quién de los monjes probados enseñó algo así con palabras o dejó ejemplo? Doce grados de humildad expuso su Maestro, y los distingue con sus propias descripciones (San Benito, Regla, cap. 7): ¿en cuál de ellos se enseña o se contiene que el monje deba deleitarse con tal fasto, buscar estas dignidades?

37. El trabajo, el retiro y la pobreza voluntaria, estos son los distintivos de los monjes; estos suelen ennoblecer la vida monástica. Pero sus ojos ven todo lo sublime, sus pies recorren todo foro, sus lenguas se oyen en todos los concilios, sus manos arrebatan todo patrimonio ajeno. Sin embargo, si es necesario, para que emancipados de la sujeción de los pontífices, sean elevados con igual gloria que los sucesores de los apóstoles, con igual cátedra, y con las mismas insignias de vestiduras solemnes, ¿por qué no celebran también los sagrados Órdenes, y dan bendiciones en los pueblos? ¿Cuántas cosas me mueven a decir contra la presunción más descarada? Pero frena el ímpetu, recordando que escribo a oídos ocupados, temo ser oneroso al arzobispo con una lectura más larga: y porque el asunto es tan manifiesto, que la multitud de los que reprenden parece haber endurecido la impudencia. Pero si estas mismas cosas se consideran que exceden las metas del resumen deseado, perdonen, oh señor, que me han obligado a revelar mi propia ignorancia, al no saber mantener la costumbre y el modo solemne al escribir.